



La literatura árabe y España (II)

por Pedro Martínez Montávez (1)

(N. de la R.: Publicamos a continuación la segunda parte de la comunicación presentada por el autor en la reunión de expertos convocada por la UNESCO sobre el tema "La literatura árabe y Europa", celebrada en Lisboa del 1 al 3 de junio de 1981. La primera parte se publicó en el número 27 de esta Revista. En el próximo número se publicará la bibliografía aneja a esta comunicación).

3. EL CONOCIMIENTO DE LA LITERATURA ARABE CLÁSICA

El conocimiento y la difusión de la literatura árabe medieval, o "clásica", plantea, en el contexto español, problemas algo diferentes a los hasta ahora expuestos. Lo árabe formó parte inseparable y esencial de la propia historia de España durante una larguísima y singular época, y ello posibilitó que llegara a constituirse también en una de las principales y más destacadas características de nuestra genuina —y harto compleja— identidad nacional, si es que esta está definitivamente conformada. Independientemente de la valoración y estima que cada cual tenga de esa especial vinculación de lo español y lo árabe —y desde luego que hay opiniones para todos los gustos— y al margen también de la personal

(1) Catedrático de Lengua y Literatura Arabes de la Universidad Autónoma de Madrid y Rector de esta Universidad.

postura y perspectiva —hasta de índole psicológica— desde la cual cada español la enjuicie, valore y analice, se trata ante todo, sencillamente, de un hecho histórico, absolutamente objetivo e innegable, y así hay en principio que reconocerlo. Mírelo desde donde lo mire, cualquier español está obligado a admitir que se trata de una parte inseparable, larga y honda —aunque sea más o menos larga y más o menos honda— de su propia historia. Y que ello la distingue, además de cualquier otra comunidad occidental: porque en ninguna de esas otras comunidades se produjo, o si lo hizo, lo hizo con un grado de intensidad y permanencia totalmente incomparable al que operó en nuestra comunidad.

Efectivamente, y como se ha venido observando ya desde hace tiempo, aunque con muy distinta intención en cada caso, todo ello contribuye a situar de una manera muy específica y singular el hecho de la relación hispano-árabe, dotándola de una dialéctica sumamente particular y originalísima que la diferencia, indudablemente, de lo genérico. Lo árabe, desde luego, nos cae mucho más cerca que a otros, nos resulta más familiar y próximo; en una muy amplia medida es también “lo nuestro”. No obstante, y por esta misma razón, se nos queda también algo más reducido y, en parte, distante que a los demás. Para nosotros, lo árabe clásico es, ante todo, lo hispano-árabe, y la cultura árabe, por consiguiente, es primordialmente (y en buena medida casi exclusivamente) la cultura que en al-Andalus se concretó, la cultura andalusí. Conocerla mejor, así, es conocernos mejor a nosotros mismos; es una indagación a fondo en nuestra propia personalidad colectiva. Pero ello viene acarreado también, casi inevitablemente, como digo, la postergación o marginación de todo aquello que, aun siendo árabe, no es propiamente hispano-árabe, andalusí. En el hecho literario se advierte con ejemplar nitidez.

Todo ello no quiere decir, sin embargo, que las cosas se desarrollen de manera tan cómoda y normal. Este es un planteamiento que se produce más bien en el plano de lo teórico, pero no en el plano de lo práctico, en donde actúa de forma harto distinta. El tema, por descontado, resulta extraordinariamente polémico, y ha consumido ríos de tinta, toneladas de papel, y no se sabe cuántas energías y afanes de intelectuales, historiadores y hombres de letras y cultura. Es también indudablemente, un auténtico problema nacional, metido en lo más profundo de la comunidad hispánica, escindida como pocas entre una “variante maurófila” y otra “variante maurófoba”. Pero estas líneas están pensadas y redactadas con una intención preferentemente informativa y descriptiva y, por ello, renuncio a entrar en tal ámbito de discusiones; me basta, de momento, con apuntar al hecho y resaltar el contraste. Lo que me interesa dejar bien sentado aquí es que, a pesar de todo, la literatura hispano-árabe, o andalusí, es bastante menos conocida en España de lo que debiera ser. Por supuesto, bastante menos que alguna de las grandes literaturas clásicas y, en teoría, no tendría que ser así. Todo ello, a pesar del meritorio esfuerzo parcial, y del alto nivel científico, de que el menguado arabismo español ha hecho gala habitualmente en este terreno; a pesar también de que algunos casos singulares, poquísimos, podrían inducir a pensar lo contrario.

No obstante, estimo que, de algunos pocos años a esta parte, el conocimiento y difusión en España de la literatura andalusí ha entrado posiblemente en una nueva fase, ha entrado seguramente en un tiempo de flexión, cuyas conveniencias, ventajas y posibilidades sería absurdo no distinguir y aprovechar. Me parece evidente que el "hecho andalusí", por muy diversas y distintas razones cuya pormenorización huelga aquí, ha empezado a ganar un nuevo ámbito de cierta y matizada popularidad de la que hasta ahora, sinceramente, carecía casi en su totalidad. Que, como "fenómeno cultural", en líneas amplias y generales, comienza a ser visto con bastante mayor estima y objetividad y menos prejuicios y apriorismos. Por otra parte, y aunque prácticamente lo lleve tan sólo a cabo en casos muy contados (de hecho, individuales), está empezando también a encontrar una especie de doble canalización pública a su labor y, junto a la edición de características científicas tradicionales, y de muy reducida difusión, naturalmente, empieza a ensayar también, en ciertos casos, la divulgadora, adaptada a estos objetivos y criterios, dirigida al gran público, dotándose además de una cierta infraestructura expansiva de crítica y comentario. Importantísimas y singulares figuras de nuestra literatura andalusí están empezando a formar parte, así, del patrimonio de conocimiento cultural de cualquier lector medio de mi país: caso, por ejemplo, de Ben-Quzmán. Ibn Tufayl, por el contrario, o Ibn 'Arabī, o al-Mu'tamid, o hasta el mismo Ibn Rušd (Averroes) siguen siendo ilustres desconocidos para la inmensa mayoría de mis compatriotas.

Existen otros hechos no menos importantes. Entre otras cosas, ha empezado también a romperse —aunque sea aún muy débil y tímida— una serie de tópicos barreras esquemáticas en lo que se refiere al entendimiento del hecho cultural andalusí, que quizás está comenzando a ser planteado y entendido de manera no sólo más correcta, sino también más humanizada, más "socializada", más próxima a lo genuinamente popular; va ganando en ámbitos que indudablemente le pertenecen, pero que hasta ahora se habían mantenido disminuidos o marginados. A mi modo de ver, todo ello resulta coherente y armónico en una época en la que no solamente experimentamos una necesidad mayor de información, sino también una necesidad no menos imperiosa, en última instancia, de concepciones globales; en una etapa socio-cultural que, desde mi punto de vista, podría ser calificada claramente de "neo-modernista", a pesar de toda la cobertura tecnológica que la cubra y disfraze en buena medida.

En este sentido, pues, no ha de extrañar en absoluto, por ejemplo, que los horizontes de la literatura hispano-árabe se amplíen y colorean notablemente, y que aumenten en forma un tanto considerable los motivos de interés y de aproximación. Pongo por caso el nuevo protagonismo que están adquiriendo las cuestiones de "literatura popular", con el replanteamiento de la compleja problemática de las *moaxajas*, los *zéjeles* y las *jarchas*. O la atención que se vuelve a mostrar de unos años a esta parte a la literatura aljamiado-morisca, abriendo con ello uno de los más atractivos y sugerentes campos de indagación que en los momentos actuales puede brindar la sociología de la literatura. Y en ese ámbito de nuevos,

o renovados, intereses tendría cabida también la atención a distintas y variadas facetas de la producción andalusí: literaria, científica, o intelectual, o prácticamente miscelánea (manteniendo una línea genérica muy constante y característica de la cultura árabe), prácticamente ignorados o arrinconados antes, a pesar de su evidente calidad intrínseca en muchos casos, y de su originalidad creativa, o de su sugerente interés humano, social y hasta antropológico en otros. En cualquier caso, se trata de un camino que está aún en sus comienzos —no sé tampoco si éstos los tiene muy claros— y del que sólo cabe señalar hasta ahora indicios o apuntes más o menos sugerentes. De lo que sí estamos cada vez más convencidos es de que, aun cuando resulte sorprendente o paradójico, la cultura del Andalus está aún prácticamente por revelar.

Como ya he mencionado, la gran literatura árabe clásica oriental es absolutamente desconocida en España, si hacemos caso omiso del reducidísimo grupo de arabistas que tienen de ella algún —tampoco muy grande— conocimiento. Hasta hace relativamente pocos años, por ejemplo, no se contaba con una versión filológicamente fiable y garantizada de las *Mu'allagāt*. Todo ello impone una terrible servidumbre, sin duda, a la cultura española, de la que no sé bien cómo podrá salir. Es sencillamente dramático que el lector medio español no tenga ni la menor idea de quién fue Abū-l-'Alā' al-Ma'arrī, o al-Yāḥiz, o Abū-Nuwās, pongo por caso, o que hasta el relativo conocimiento que de Ibn Jaldūn tiene le haya llegado por caminos tan peculiares como los que han sido. Todo ello constituye una tremenda laguna, asimismo, en el panorama de nuestros estudios árabes, con la grave repercusión socio-cultural, inmediata, que acarrea. Y cuya prolongación no tiene justificación de ninguna clase; ni el protagonismo ya mencionado de los estudios sobre al-Andalus sirve sensatamente para explicarlo ni tampoco para mantenerlo. Entre otras cosas, porque el mejor conocimiento de la cultura árabe clásica en todas sus dimensiones, y en este caso concreto, de la literatura constituiría también una extraordinaria contribución para el mejor y más cabal conocimiento de lo propiamente andalusí. La carencia, pues, se denuncia con toda la claridad y violencia necesarias, y de la misma manera se exige su reparación y se piden los medios y métodos para realizarla.

* * * * *

En estas páginas he tratado al máximo de ceñirme a lo que, pienso, se me había solicitado. Mi intención ha sido, estrictamente, la de trazar un sucinto y fiel panorama del tema propuesto: el conocimiento que de la literatura árabe se tiene en España, y especialmente a través de la vía de la traducción o del estudio. Deliberadamente he dejado fuera otros muchos y variados aspectos de la cuestión general, conexos y trabados, y que no resultan menos atractivos y sugerentes; quizá, en buena medida, todo lo contrario para el verdadero amante y degustador de la literatura. La imagen que de "lo árabe", por ejemplo, se ha podido ir forjando en nuestra comunidad, a través precisamente de esa vía literaria de aproximación, o la indagación en las posibles influencias, receptividades, o repercusiones,

qué aspectos más o menos generales de la producción literaria árabe han podido tener, también, en algunos importantes autores españoles; no sólo antiguos, sino también, y especialmente, modernos, hasta actuales: caso Juan Goytisolo, o Antonio Gala, o Fernando Quiñones. Por no citar sino nombres de evidente relevancia en nuestro panorama literario actual. Pienso que tal vez algo de ello pueda abordarse en alguna de las otras contribuciones que aquí se presenten; o al menos, así lo deseo. En cualquier caso, es tema también que a mí me ocupa, al que desde luego he dedicado ya algún que otro trabajo, y sobre el cual volveré pronta y reiteradamente.

Una observación final: acompaño esta comunicación con un breve apéndice, estrictamente indicativo y más selectivo que exhaustivo, que ilustrará acerca del conocimiento que de la literatura árabe contemporánea, en concreto, se tiene en mi país. Podrá calibrarse también así, en cierto aspecto, la importancia que adquieren algunas iniciativas determinadas, como la *Colección de autores árabes contemporáneos* que desde hace años viene publicando el Instituto Hispano-Arabe de Cultura, o la revista *Almenara*, que yo mismo fundé y dirigí, lamentablemente desaparecida por insuperables obstáculos y dificultades de índole económica: embrión sólo de algo que, de haberse continuado y cuidado, sería ahora ejemplo absolutamente incomparable, me parece, en el panorama de la cultura viva occidental.

Conviene advertir asimismo, por último, que convendría tener también en cuenta, si se quisiera llegar a confeccionar una relación lo más amplia y completa posible, las *Memorias de Licenciatura* (Tesis) y *Tesis doctorales* que, sobre esta temática, se van presentando en las Secciones correspondientes de la Universidad española. Naturalmente, se trata de trabajos de naturaleza, calidad y objetivos muy variables y diferentes, pero que constituyen ya, en conjunto, un material bibliográfico y de apoyo de notable interés y, en algunos aspectos, sumamente indicativo de criterios, coyunturas, gustos y tendencias.